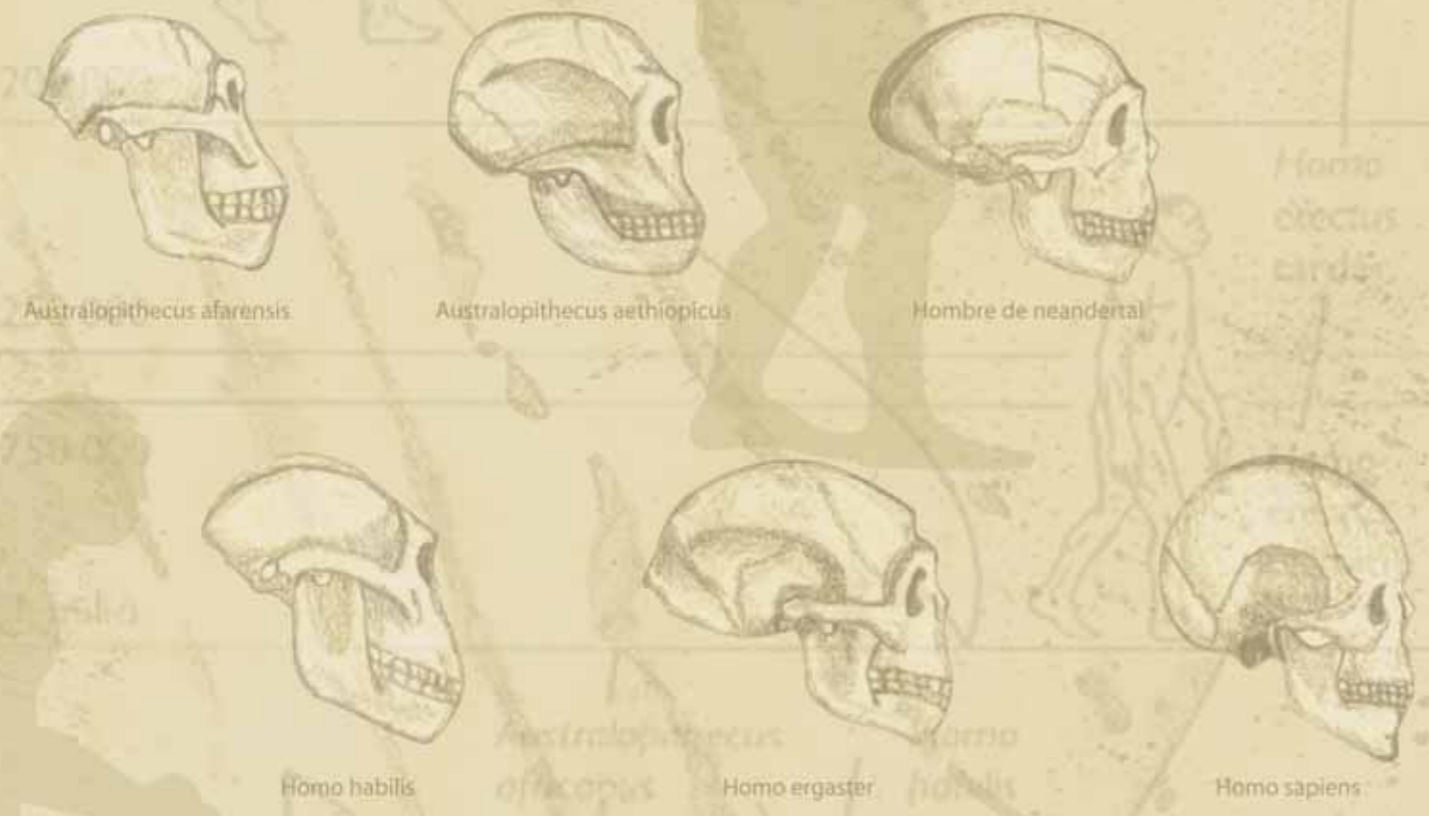


Los hombres de Neandertal

Héctor M Pucciarelli

División Antropología del Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).



Recientes investigaciones inducen a suponer que los hombres de Neandertal crecían muy velozmente y que ni siquiera habrían sido seres humanos.

Al hombre de Neandertal se lo identificó con este nombre por dos motivos; primero, porque su apariencia fue indudablemente humana y, segundo, porque el primer hallazgo consistió en los restos de un esqueleto exhumado hacia 1856 por Fuhlrott y Schaaffhausen en la gruta de Feldhofer, ubicada en el valle de Neander, cerca de Dusseldorf (Alemania). En la década de 1870, la porción superior del cráneo fragmentado fue estudiada, entre otros, por el renombrado médico y antropólogo prusiano RC Virchow quien consideró que se trataba de un caso aberrante, perteneciente a un individuo que padeció raquitismo. Nuevos descubrimientos de fósiles neandertal dieron por tierra con la hipótesis de Virchow, pues no resultaba lógica la alta proporción de hombres 'aberrantes' sobre un total no muy numeroso de fósiles descubiertos.

Desde siempre los neandertales han llamado la atención de científicos y legos, no solo por sus peculiaridades anatómicas sino por haber sido una de las primeras evidencias de que la existencia del hombre no fue consecuencia de una voluntad divina, sino el resultado de un lento y arduo proceso evolutivo que operó sobre un antiquísimo grupo de individuos –desconocidos hasta el momento– y que finalizará con la extinción de la humanidad, tal como ocurrió con los dinosaurios, megaterios y un sinnúmero de seres vivientes, que fueron y serán reemplazados a su vez por otros organismos. Lo que parece una negra humorada encierra una realidad biológica tangible, que puede ser resumida en pocas palabras: nacimiento, lucha y muerte de los seres vivos para que perdure la especie, sea esta animal, vegetal o humana.

La historia del hombre de Neandertal –no su propia historia que hasta hoy nadie conoce, sino la que resulta de años de estudio de estos fósiles– describe una curiosa trayectoria en la que primero se los consideró como humanoides, luego pasaron a la condición de humanos y hoy día vuelven a estar fuera del privilegiado campo que nos incluye. En un principio, los neandertales eran imaginados como seres poco menos que degradados, no en el sentido de Virchow pues él aludía solo a un individuo patológico, sino que se trataba a todo el grupo como una especie aberrante. Al decir de Loring Brace –un prestigioso antropólogo de nuestros días– ‘hace 40 años era aceptado como cosa cierta que nada proveniente de los neandertales pudo constituirse en rasgo ancestral de los seres humanos vivientes’ (Brace, 2000, p. 57). Las diferencias que existen entre los neandertales y los sapiens son fáciles de señalar, pero ninguna diferencia global justifica una exclusión tan drástica como para negar una relación de ancestría con los humanos actuales, sobre todo si se basa en caracteres morfológicos generales (figura 1). Con posteriori-

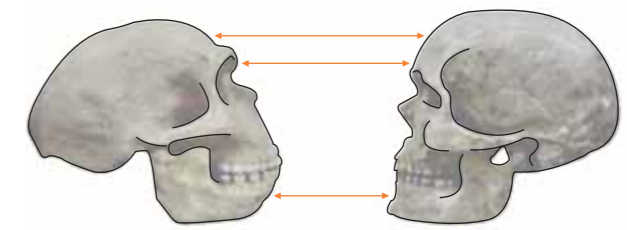


Figura 1. Comparación en norma lateral entre cráneos neandertal (izquierda) y sapiens (derecha). En forma descendente están señalados tres rasgos presentes en los primeros (surco retroorbitario con frontal deprimido, arcos supraorbitarios muy robustos y ausencia mentoniana) dentro de un plan general de similitud entre ambas formas.

dad, hubo un período de revalorización durante el cual los neandertales alcanzaron el rango de subespecie humana (*Homo sapiens neanderthalensis*), mientras nosotros nos transformábamos en *Homo sapiens sapiens*. La traducción lógica de este reordenamiento taxonómico residía en un reconocimiento de los neandertales como humanos, aunque sin resignar nuestra posición de sapiens predominantes. Hoy los neandertales están en camino de descender a una categoría inferior, pues innumerables estudios genéticos demuestran que no hay casi rasgos hereditarios comunes entre nosotros y los neandertales.

Esta posición se ha visto reforzada por los resultados de una interesante investigación paleo-auxológica comparativa, a cargo de Ramírez Rozzi y Castro, que se publicó el año pasado en la revista *Nature*, realizada sobre dientes de antecesores humanos fósiles (*Homo antecessor*, *Homo heidelbergensis*), de hombres de Neandertal y también de individuos que vivieron durante el paleolítico superior y el mesolítico. Según los investigadores, la evolución de los homínidos se correlaciona con el crecimiento de la dentadura y, en consecuencia, nos permitiría conocer de qué manera ha evolucionado el desarrollo somático e identificar las divergencias que garantizarían las distinciones entre especies. El crecimiento dental es el resultado de incrementos en la denominada *tasa de extensión* que alude a la velocidad con que se forma el esmalte sobre la corona y el cuello de cada diente. La técnica seguida para estimar las diferencias interespecíficas de crecimiento está basada en la variación de los valores del nivel de esmalte de los dientes anteriores y la capa de esmalte fue dividida en 10 porciones iguales (deciles), entre la cúspide y el cuello de cada pieza dentaria. El recuento de perikymata (que es la manifestación superficial de las líneas de incremento del esmalte o estrías de Retzius) tiene una periodicidad modal de nueve días en promedio y se realizó mediante observación microscópica y comparación estadística independiente por pruebas de 't' sobre cada tipo de diente.

El Paleolítico

Es la fase más prolongada de la Prehistoria que se inicia con la aparición de la especie humana y finaliza hacia los 10.000 años AP (antes del presente) (Holoceno) con el cambio climático que supone el fin de las glaciaciones; en términos sociales y económicos es el momento de predominio absoluto de los cazadores-recolectores. La palabra 'Paleolítico' (del griego *palaios*, antiguo y *lithos*, piedra) fue acuñada en 1865 por sir John Lubbock para designar la edad de la piedra tallada, por oposición al Neolítico, la de la piedra pulida. En 1912 el prehistoriador H Breuil propuso un esquema tripartito que, en líneas generales, se ha mantenido hasta la actualidad: Paleolítico inferior, medio y superior.

En los inicios del Paleolítico inferior se habla de un momento arcaico referido a los primeros instrumentos africanos de hace por lo menos dos millones y medio de años: es la industria de Olduvai. Corresponde a la presencia del *Australopithecus boisei* y *Homo habilis*. En Eurasia la ocupación humana se inicia hace un millón de años con la industria abbevillense de cantos tallados toscamente por una

cara (*chopper*) o por ambas (*chopping-tool*), asociada al *Homo erectus* y que dura hasta hace unos 300.000 años. Le sucede la industria achelense que es cuando se da comienzo a la talla sobre lascas o láminas de piedra y la confección de bifaces (también conocidas como 'hachas de mano', de más de 15cm de longitud, talladas sobre ambas caras y con el extremo distal aguzado); perdurará hasta hace unos 90.000 años y se asocia a los *presapiens*.

Durante el Paleolítico medio –entre 100.000 y 40.000 años– se desarrolla la industria musteriense caracterizada por las raederas y puntas sobre grandes láminas; se la vincula con la presencia de los neandertales.

El Paleolítico superior, que es el momento cuando se registran las primeras manifestaciones de arte, perdurará hasta hace unos 10.000 años. En los inicios está presente la industria chatelperroniense que ya confecciona instrumentos especializados sobre láminas y constituye una transición con la etapa anterior. Típicas de los momentos tempranos son las industrias auriñaciense (c. 35.000 AP)

y gravetiense (28.000 a 20.000 AP) que confeccionan instrumentos en sílex como raspadores y buriles, además de puntas de lanza y punzones sobre hueso; al parecer, en este momento la población neandertal convive con humanos ya modernos. En Europa occidental la fase media del Paleolítico superior está representada por la industria solutrense (21.000 – 17.000 AP), caracterizada por un trabajo de la piedra de gran calidad técnica para la confección de puntas lanceoladas características, a la vez que se observa un auge del arte rupestre. Por último, la industria magdaleniense representa el final del Paleolítico superior y se constata un creciente perfeccionamiento del trabajo en los instrumentos de piedra y, asimismo, aparecen agujas y arpones de hueso.

Hacia los 10.000 años AP las severas condiciones ambientales de la edad del hielo se tornan cada vez más benignas hasta conformar el clima actual (Holoceno), situación que repercute en la organización social y económica de las sociedades humanas de cazadores-recolectores, que se encaminarán hacia una nueva etapa: el Neolítico.

Los autores de la publicación analizaron la tasa de extensión en los grupos considerados y hallaron que en las especies más antiguas había un patrón de desarrollo de la dentadura similar al de los humanos paleo-mesolíticos, mientras que los neandertales presentaron el período más corto de crecimiento dental. Debido a que este se manifiesta como un indicador excelente de desarrollo corporal, se deduce que los neandertales crecían más rápido que los otros grupos y, además, en relación con su proverbial desarrollo cerebral (el del hombre actual no lo supera estadísticamente), los autores concluyeron, sobre la base de los resultados de la investigación, que no es el producto de una evolución progresiva sino de una autapomorfía. En términos comunes, esto significa que el voluminoso cerebro de los neandertales no implica progreso sino una regresión evolutiva y que es un argumento de peso en favor de la separación taxonómica tajante entre *H. sapiens* y *H. neanderthalensis*.

El estudio descrito es de gran valor en el avan-

ce del conocimiento físico y la posición relativa de los neandertales, sobre todo porque contribuye a cimentar el concepto de que no son tan humanos y que deberíamos proceder sin más vueltas a relegarlos a su status primigenio, si no fuera porque en todos los estudios en los que se pone en duda la condición humana de los neandertales, no se vacila en excluir por completo el factor esencial del que nos valemos los antropólogos para distinguir entre un fósil y un verdadero hombre: la producción de cultura. Cultura en antropología implica algo más que la acepción corriente del término. Es la capacidad que se posee para proceder a la transformación gradual y sistemática del medio ambiente en productos conscientemente elaborados, en pro de una nueva forma de supervivencia (figura 2). Para producir cultura –para transformar conscientemente al medio– se necesita ante todo pensar, lo cual implica, entre otros cambios, poseer un desarrollo cerebral significativo y cierto grado de conciencia del espacio exterior al ser. Las transformaciones del medio

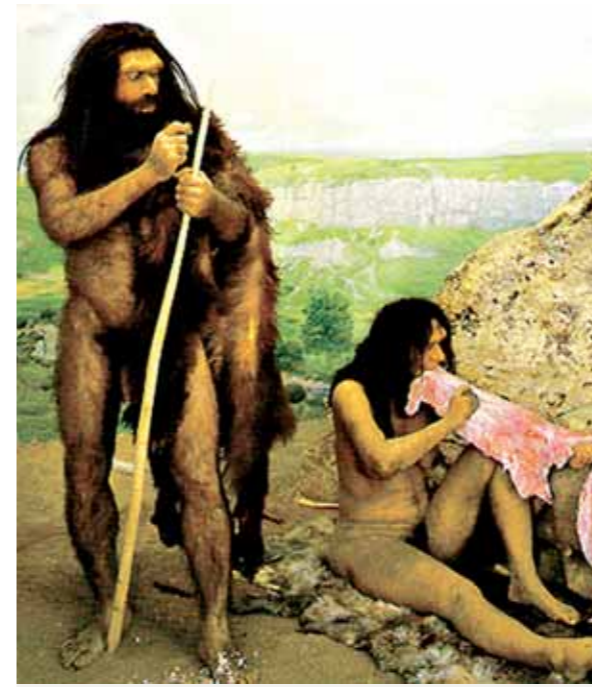


Figura 2. Reconstrucción de cómo se supone debería ser un hombre de Neandertal. Lo más importante son los elementos que porta (capa de piel y lanza), porque son indicios de creación de cultura. Fragmento de una reconstrucción del American Museum of Natural History.

producidas por un pájaro o un castor son esencialmente diferentes porque no hay pensamiento reflexivo ni continuidad progresiva: el pensamiento, hasta donde sabemos, es humano y solo humano. En las etapas más tempranas de la cultura se tallaron utensilios de piedra –hachas, cuchillos, raspadores, buriles y, posteriormente, puntas para armas arrojadizas– que en tiempos del *Homo antecessor* fueron muy primitivos, pero suficientes como para considerar homínidos a quienes los confeccionaban. Ocurre que los neandertales también hacían herramientas líticas con las que cazaban, cortaban, raspaban y pulían; pero, además, debieron fabricar otros objetos que por su carácter perecedero no han llegado hasta nosotros. Asimismo, muchos antropólogos les asignan comportamientos sociales relativamente complejos, pues de otro modo no hubiera sido posible la actividad grupal que implica la invención y fabricación de utensilios. Esta era una actividad fuertemente pautaada que permitió a los arqueólogos distinguir la denominada industria musteriense (por los yacimientos prehistóricos de Le Mustier, en Francia); también es posible que los neandertales fueron quienes desarrollaron la industria chatelperroniense, una tradición posterior que para algunos puede ser el resultado de una fusión entre la musteriense y una típica del hombre anató-

micamente moderno: la aurignaciense. Este supuesto se basa en una contigüidad espacial de industrias y una continuidad temporal de individuos que, de corroborarse, echaría por tierra todo intento de segregación. Por más objetivas que sean las diferencias biológicas entre *sapiens* y *neandertal*, no alcanzarían para reubicarlos en diferentes taxa, porque el concepto de hombre trasciende la mera diferenciación biológica para constituir un continuo biocultural determinante.

Si aceptamos, como afirman Ramírez Rozzi y Castro, una diferencia cualitativa respecto de los caracteres biológicos entre los neandertales y el hombre actual, en tanto 'los neandertales fueron altamente autapomórficos en sus patrones de crecimiento somático y dental y sufrieron una mayor distorsión de desarrollo en relación con otras especies de *Homo*, reforzando el hecho de que se trata de una especie distinta al *Homo sapiens*' (Ramírez Rozzi y Castro, 2004, p. 938), los antropólogos no deberán negarse a abreviar en las viejas fuentes del poligenismo y de la evolución convergente, pues la única forma de resolver este dilema sería postular que más de una especie intervino en el proceso evolutivo de los seres creadores de cultura y que solo logró perdurar la que representa al hombre actual. **CHI**



Héctor M Pucciarelli
 Doctor en Ciencias Naturales, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
 Profesor Titular Ordinario de Antropología Biológica I, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP.
 Investigador Superior del CONICET.
 Jefe de la División Antropología del Museo de La Plata, FCNyM, UNLP.
 hmpucci@fcnym.unlp.edu.ar
 pucciarelli@webnautica.zzn.com

Lecturas sugeridas

- BRACE CL, 2000, 'The fate of the "classic" Neanderthals. A consideration of hominoid catastrophism'. En BRACE, CL, *Evolution in an Anthropological View*, New York, Altamira Press.
- RAMÍREZ ROZZI FV AND CASTRO JMB, 2004, 'Surprisingly rapid growth in Neanderthals', *Nature*, 428: 936-939.